

nente santidad y las innumerables conversiones que obró con sus discursos, eran un motivo para no omitir las importantes advertencias que da sobre la predicacion en algunas de sus cartas. Por eso le hemos agregado á este segundo libro por via de apéndice.

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

REGLAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS PARA LOS PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

S. Ignacio no conoció inmediatamente despues de su conversion los grandes designios que el cielo tenia sobre él. Sus primeros pasos en la santa carrera fueron retirarse á la soledad de Manresa, hacer una vida humilde, penitente y mortificada, y dedicarse únicamente á su salvacion, y no llevaba sus miras mas allá de su propia perfeccion; pero otras consideraciones mas profundas le infundieron otros pensamientos y diversos planes.

Consideró que habiendo costado tan caro las almas al Salvador, no podia hacerse cosa mas grata para él que impedir la perdicion de aquellas. Comprendió que la gloria de la magestad divina resplandecia mas en la salvacion de las almas rescatadas con la sangre de un Dios, y este conocimiento encendió su zelo. *No basta, decia, que yo sirva al Señor: es menester que en cuanto*

S. Ignacio se consagra á la salvacion de las almas.

(1) Extracto de la vida de S. Ignacio por el P. Bouhours.

dependa de mí, le amen todos los corazones y le bendigan todas las lenguas.

En cuanto volvió sus miradas hácia el prójimo, abandonó la soledad, aunque le era tan grata, y por no desviar á aquellos que queria atraer á Dios, corrigió su aspereza exterior. Ademas habiendo conocido que el que trabaja en la salvacion de las almas necesita conservar la salud y las fuerzas, moderó sus austeridades.

Fue á la Palestina con designio de dedicarse á la conversion de los pueblos de Oriente; pero la Providencia permitió que no pudiese fijarse en aquel pais, y así se volvió á Europa.

Estudios del santo: por qué artificios trató el demonio de impedir que saliera con su empresa. Entonces quiso estudiar las materias necesarias para tomar el estado eclesiástico. Tenia treinta y tres años de edad y ninguna inclinacion natural al estudio, porque se habia dedicado á la profesion de las armas desde su juventud. Sin embargo se puso á estudiar los rudimentos de la lengua latina, y todos los dias iba al aula con los muchachos. La esperanza de poder algun dia procurar la gloria de Dios con ventaja sostenia su valor; pero el demonio se valió de un ardid ingenioso para detener los progresos de sus estudios. Consistió este en inclinarle á prácticas de piedad y tiernos sentimientos hácia Dios, de modo que casi todo el tiempo del estudio se pasaba en aspiraciones devotas, y el nuevo estudiante no aprendia nada, ó si aprendia algo, pronto se borraba con otras ideas. S. Ignacio que tenia una ilustracion particular para el discernimiento de los espíritus, no tardó en descubrir el lazo del demonio, y para poner remedio fue á buscar á su maestro de latin, le pidió perdon de su pereza, le confesó la tentacion, y le rogó que le tratara severamente cuando no cumpliera su deber, y no le guardase mas consideracion que al último estudiante.

Viendo el demonio trastornados sus proyectos cesó

de combatir los del santo de aquella manera; pero mas adelante recurrió á otro artificio, porque cuando San Ignacio acabó el latin, le persuadió el espíritu malo que el medio de avanzar mucho y abreviar la carrera literaria era aprender simultáneamente muchas cosas. En la universidad de Alcalá se explicaba la lógica de Soto, la física de Alberto el Grande y la teología del maestro de las sentencias; el santo oia estas tres lecciones una tras de otra y estudiaba sin interrupcion dia y noche; pero tantas materias diferentes confundieron su entendimiento, y todo este gran trabajo vino á parar en no saber nada. Lo pasmoso es que S. Ignacio fuese por mucho tiempo el juguete de esta ilusion á pesar de su buen juicio natural.

Pasó despues á estudiar á la universidad de Paris, y observó mas orden y mejor método. Allí echó los primeros cimientos de su compañía por los votos que hizo en Montmartre con algunos compañeros que se habia asociado. A este acto los preparó con un discurso en que les dijo entre otras cosas que su designio era imitar á nuestro Señor Jesucristo con toda la perfeccion posible: que este hombre Dios no se habia propuesto mas que la redencion del género humano en todo el curso de su vida: que para seguirle de cerca era preciso trabajar en la salvacion del prójimo: que la soledad era ciertamente mas agradable; pero que todo debia ceder á los intereses de la gloria de Dios; que ademas por un poco de tranquilidad que se perdia, se ganaban infinitas gracias y méritos; y que en suma no importaba ganar ó perder con tal que se salvaran algunas almas: que los apóstoles habian vivido así á ejemplo de su maestro, y que este género de vida era el mas noble y perfecto. Pronunció el santo este discurso con tanto enardecimiento, que su rostro estaba inflamado: así es que todos sus compañeros protestaron de

Discurso del santo á sus compañeros para animarles á trabajar en la salvacion de las almas.

Predica el
santo en su
patria.

corazon que tenian las mismas intenciones que él.

De allí á poco tiempo hizo S. Ignacio un viaje á su patria. La primera vez que predicó dijo á su auditorio que una de las razones que le habian obligado á volver despues de muchos años de ausencia, era para tranquilizar su conciencia respecto de un pecado de su juventud. Y contó que habiendo entrado un dia con otros mozos de su edad en un huerto, robaron mucha fruta é hicieron gran destrozo; y que un pobre hombre fue acusado de aquel robo, reducido á prision y condenado á pagar los daños. Este hombre se hallaba presente al sermon, y S. Ignacio le llamó por su nombre, y públicamente le pidió perdon, añadiendo luego en alta voz: *Sean pues todos los presentes que para indemnizar al inocente que sufrió la injusticia, le doy dos haciendas que me corresponden.*

Un predicador que obra asi, persuade facilmente, y en cuanto predicó contra el lujo y la inmodestia de las mujeres, desaparecieron la riqueza de los trajes y las modas indecentes. Habiendo emprendido la explicacion de los diez mandamientos de la ley de Dios durante los diez dias que median entre la Ascension y Pentecostes, lo hizo tan bien, que al segundo extinguió las blasfemias y juramentos falsos muy usados en el pais. El sexto dia se convirtieron muchas mujeres de mala vida: algunas hicieron largas peregrinaciones á pie por penitencia; y la mas famosa de todas se retiró á un hospital y consagró el resto de sus dias al servicio de los enfermos.

El santo predicaba con mucha uncion: su costumbre era exponer simplemente las verdades del Evangelio, y las introducía en el corazon por la pasion con que hablaba de ellas; viva expresion de un corazon profundamente herido. Asi es que las personas piadosas que asistian á sus sermones, acostumbraban decir

que las palabras de salud pronunciadas de una manera sencillísima por el hombre de Dios rebosaban magestad y vehemencia en su boca.

Las delicias de nuestro santo eran llamar á su lado una turba de muchachos y explicarles la doctrina. Su hermano se apesadumbró pareciéndole que era envilecerse demasiado para un caballero y que deshonoraba á la familia: para disuadirle le decia que nadie iria á oírle. *Aun cuando no viniese mas que un solo muchacho á la doctrina*, respondió S. Ignacio, *siempre seria para mí bastante auditorio.*

Su zelo para la explicacion de la doctrina cristiana.

El objeto principal de su conato fue siempre la instruccion de los niños. Cuando le nombraron general de la compañía de Jesus, se obligó por voto, así como sus demas compañeros, á enseñar la doctrina cristiana á los niños, y dió principio á su cargo explicándola en una iglesia de Roma. Aunque esta explicacion no era mas que para los niños, concurrían personas de todas clases, hasta hombres y mujeres de distincion y teólogos y canonistas. Explicaba en italiano los misterios de la fé y los mandamientos de la ley de Dios con claridad y de un modo acomodado á la inteligencia del pueblo, y salpicaba la explicacion con historias morales, enérgicas y tiernas: aunque no sabia hablar bien la lengua italiana, hacia tanta mella en los ánimos, que la gente se retiraba silenciosa con las lágrimas en los ojos y la compuncion en el corazon. A veces era tan sensible el dolor, que los que querian confesarse despues de oír la doctrina, no podían apenas pronunciar una palabra. Continuó este ejercicio por cuarenta y seis dias en la misma iglesia: á su ejemplo explican la doctrina los superiores de la compañía cuarenta dias cuando comienzan su cargo.

Las bulas expedidas por los papas Paulo III y Julio III á favor de la compañía de Jesus hacen mencion

Los papas elogian el

zelo con expresa de que uno de los principales ministerios de que se entregan los jesuitas á la predicacion y á la explicacion de la doctrina. la misma es instruir á los pueblos, ya predicando la palabra de Dios en el púlpito, ya enseñando los primeros elementos de la religion á los niños y personas rudas: *verbum Dei publicè prædicando, pueros et personas rudes ea quæ ad christianam hominis institutionem sunt necessaria docendo*. Se encomian los sentimientos de la compañía, principalmente sobre la explicacion de la doctrina que parece la menos aparente; pero que en realidad es la mas provechosa: *primo aspectu minus speciosam, cum tamen re verâ nulla sit fructuosior, vel proximis ad ædificationem, vel catechistis ad charitatis et humilitatis simul officia exercenda*.

Las reglas de la compañía compuestas segun el espíritu de S. Ignacio y aumentadas algo por la séptima congregacion general son un monumento de sabiduría, prudencia y zelo: de ellas hemos sacado el capítulo siguiente que contiene las reglas para los predicadores.

RESUMEN DE LAS REGLAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS (1).

1. Los predicadores llenen con el mayor cuidado los deberes de sacerdotes.
2. Acuerdense que su vocacion es traer las almas á su criador: esta es la obra mas difícil de todas; por lo cual aquellos que el cielo eligió por instrumentos de ella, deben estar unidos íntimamente con Dios y obrar siempre bajo la direccion del Espíritu Santo. Aplíquense pues con infatigable zelo á todo lo que puede ponerlos en esta santa union con Dios; y para eso fijense en las virtudes sólidas y sobre

(1) *Corpus institutorum societatis Jesu: Antuerpiæ, t. 1, p. 605.*

todo en el amor divino, en la intencion pura de servir á Dios, en la familiaridad con este Señor en los ejercicios espirituales de devocion y en el zelo sincero de la salvacion de las almas para gloria de la divina magestad.

3. Pongan su conato con la gracia de Dios en ser el modelo de los demas para atraer el prójimo á todas las virtudes con el ejemplo de su vida, no menos que con el vigor de sus palabras.

4. La leccion de la sagrada escritura y de los santos padres sea su principal ocupacion. Hé aqui tambien tres cosas que les serán muy útiles. La primera es haber profundizado con particular esmero los evangelios de los domingos y fiestas del año, y haber puesto por escrito lo que hallen acomodado para su uso. La segunda haber formado un compendio de la explicacion de las cosas necesarias á la fé y á la vida cristiana; y la tercera haber extendido en lugares comunes (1) todo lo que pertenece á la alabanza de las virtudes y á la detestacion de los pecados.

5. Tres prácticas les serán muy provechosas: la primera haberse imbuido bien en los preceptos que han dado sobre el modo de predicar los que han ejercido bien este ministerio: la segunda haber asistido á los sermones de los buenos predicadores: la tercera haberse ejercitado en la predicacion en nuestras casas ó en otros lugares donde haya pocos oyentes.

(1) En términos de retórica se llaman lugares comunes las fuentes generales de donde saca un orador los pensamientos y pruebas. Asi el consejo que aquí se da, es que se formen unos cuadernos en que por orden de materias y bajo diferentes títulos se reunan las verdades generales que pueden servir para la alabanza de las virtudes y la detestacion de los pecados, para poder recurrir facilmente á ellos cuando haya que anunciar la divina palabra.

Utilidad de las advertencias.

6. Deben desear ser advertidos si aquellos que el superior ha diputado para este fin, hallan algo que reprehender en sus sermones, y deben recibir estas advertencias con humildad y gratitud.

Gustar de instruir á las personas rudas.

7. Aunque deben aplicarse con gusto á la predicacion, aun la de mas lucimiento, no menos dispuestos y solícitos han de mostrarse siempre para enseñar á los niños é instruir á las otras personas rudas.

Ceder el puesto á otro predicador.

8. Si acontece que otro quiera predicar al mismo tiempo, le cederán con gusto el puesto en cuanto esté de su parte.

Acomodarse á la capacidad de los oyentes.

9. Enseñen cosas acomodadas á la capacidad é inteligencia de los oyentes, é insistan sobre los deberes del cristianismo, la extirpacion del vicio y la práctica de las virtudes, absteniéndose de las materias sutiles.

Cosas que han de recomendar-se.

10. Deben recomendar el uso frecuente de la confesion y comunión, el adelantamiento en las buenas obras y la perseverancia, todo lo concerniente al culto divino, la observancia de las ceremonias eclesiásticas y en general la obediencia á los superiores eclesiásticos y seculares que ocupan el lugar de Dios en la tierra.

11. Tambien recomendarán particularmente las obras de penitencia y misericordia, la oracion y los otros ejercicios de devocion, la leccion de buenos libros y la buena educacion de los hijos.

No reprehender en el pulpito á los eclesiásticos, ni á los magistrados.

12. Es una verdad que enseña la experiencia, y una máxima de nuestro padre S. Ignacio, que no se saca ningun provecho de los sermones en que se declama en particular contra los vicios de los príncipes y magistrados ó contra los de los eclesiásticos: queremos que nuestros predicadores se abstengan de este género de reprimendas.

Manifestar grande respeto á

13. Deben manifestar gran respeto á los religiosos de las otras órdenes y evitar todo lo que pudiera

tener traza de criticarlos, aunque sea tácitamente. los religiosos.

14. Las cosas nuevas y que no se fundan en pruebas sólidas, no deben entrar nunca en nuestros discursos, aun cuando pasasen por indudables en el ánimo del pueblo: con mayor razon se han de desterrar de la predicacion todas las cosas dudosas é inciertas. No se debe sentar ninguna cosa incierta.

15. Cuando tienen que anunciar alguna cosa al pueblo ó recomendar ciertos pobres ú otras obras de misericordia, deben antes preguntar al superior cómo lo harán. Consultar al superior antes de publicar una cosa.

16. Eviten con cuidado hacer despreciable la predicacion y excitar la risa de los oyentes con chanzas ó contando cosas inútiles. Guardense tambien de presentar á sus oyentes alguna cosa extraordinaria ó desusada para moverlos á compuncion, á no ser que el superior despues de bien pesadas las circunstancias lo reputa por util en un caso particular para edificacion comun. Nada de chanzas ni de cosas extraordinarias.

17. Antes de predicar preparen con cuidado lo que tienen que decir, en cuanto se lo permita el tiempo, y recurran á Dios por medio de la oracion. Preparacion próxima para la predicacion.

18. Eviten nuestros predicadores con el mayor cuidado la arrogancia y la ostentacion, y todo en su exterior lleve el caracter de una profunda humildad, á la que deben aficionarse de lo intimo de su corazon. Y si se vieren precisados á decir algo para su propia justificacion ó la de su compañía, haganlo con tanta modestia que se vea claramente que defienden la causa de Jesucristo y no la suya. Humildad.

19. En un sermón no se han de exponer las verdades del mismo modo que en las aulas de teología, sino que el predicador cuidando de instruir ha de dirigir sus esfuerzos principales á persuadir y mover el corazon. Cuando haya que tratar alguna cuestion relativa á la fé ó las costumbres, no se han de propo- Dedicarse á persuadir.

ner las objeciones de un modo que pueda escandalizar á las personas sencillas; sin embargo se podrán esforzar aquellas si se habla delante de un auditorio escogido y lo exigen las circunstancias. Fuera de este caso se limitará el predicador á explicar las cosas con tanta claridad, que los mismos oyentes hallen la resolucion facil de las objeciones que les han ocurrido ú oido hacer á otros.

No buscar los adornos del estilo.

20. No tenga nada de afectado el estilo de nuestros predicadores, ni busquen la elegancia de las expresiones: el deseo de adquirir la belleza del estilo no los familiarice con la lectura de ciertos libros que huelen algo al siglo y pueden perjudicar á los adelantamientos de la vida espiritual.

Evitar la lisonja.

21. Eviten toda especie de lisonja y toda exageracion en las alabanzas y vituperaciones.

De la accion y de la voz.

22. No sea su accion irregular, notándose constantemente una gravedad religiosa: la voz sea siempre acomodada á las cosas que traten, y asi cuiden de no levantarla ó bajarla extraordinariamente sin motivo suficiente.

Duracion del sermón.

23. Sus discursos no duren mas de una hora.

Comida frugal.

24. Cuando prediquen en un lugar donde no haya colegio de la compañía, han de comer en un paraje decente para un religioso, y si puede ser en casa de un eclesiástico. Su comida ha de ser sobria y frugal, como conviene á religiosos.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

TRATADO DE SAN FRANCISCO DE BORJA SOBRE EL MODO DE PREDICAR.

Observaciones preliminares.

S. Francisco de Borja fue tan distinguido por su rara prudencia como por su eminente santidad; y esto es lo que da tanto precio á las instrucciones que nos ha dejado sobre la predicacion, porque este oficio del santo ministerio no requiere solamente ciencia y piedad, sino tambien suma prudencia: constituye una parte esencial del gobierno de las almas, que es el arte de las artes, *ars artium regimen animarum*, como dijo con tanta verdad S. Gregorio el Grande. Y lo que aumenta todavia el valor de las instrucciones de este santo, es que tenia gran conocimiento de los hombres. Habia vivido mucho tiempo en el mundo antes de tomar el estado religioso, y gobernado con una prudencia admirable el ducado de Gandta de que era poseedor, y el vireinato de Cataluña á nombre del emperador Carlos V.

Prudencia de San Francisco de Borja.

Su conocimiento del corazón humano.

Cuando conoció S. Francisco que Dios le llamaba á la compañía de Jesus, se lo escribió á S. Ignacio que era el general. El santo en su respuesta alabó la

Reglas que le da S. Ignacio para el es-